

El compositor Jorge Urrutia Blondel y sus múltiples caminos

por *Domingo Santa Cruz*

Honrar y hacer justicia a un colega que lo merece, y aún más si esta honra es algo que faltaba en nuestras vidas, no sólo conmueve sino que lleva consigo felicidad íntima, sincera alegría. Así me ha ocurrido al ver que casi exactamente un buen medio siglo después, he vuelto a contribuir en una distinción, esta vez el Premio Nacional de Arte, galardón máximo de la cultura artística chilena, al mismo joven de antaño a quien estimulamos en 1928, dando cumplimiento a disposiciones de una ley según la cual se escogería por concurso público al merecedor de una beca trienal a Europa con el fin de proseguir su carrera de compositor. El referido concurso, que nunca más volvió a realizarse, fue resuelto por un jurado que presidió Armando Carvajal, nuevo Director del Conservatorio Nacional de Música, que integramos Humberto Allende, Alfonso Leng, Samuel Negrete y quien esto firma. Como en las célebres pruebas de las "Cantatas" para el Premio de Roma del Instituto de Francia, en París, los candidatos, "januis clausis", a puertas cerradas, debieron componer en total aislamiento, dentro de la Escuela de Bellas Artes del Parque Forestal, música para orquesta y obras de cámara. Transcurridos los plazos establecidos, unánimemente otorgamos el codiciado premio al joven Jorge Urrutia Blondel ya destacado a través de varias obras. Nuestro laureado ocupaba entonces el cargo de Secretario del Conservatorio e integraba el Consejo Directivo de la Sociedad Bach, triunfante ya en sus primeras batallas.

Según mis apuntes, el 14 de septiembre del año antes mencionado, Urrutia se despidió emocionadamente de la Sociedad, y pocos días más tarde recibió cariñoso homenaje de un enorme grupo de amigos en el hoy ya legendario salón de té "Lucerna", frente al Banco de Chile, en la calle Ahumada. Una excelente fotografía nos traslada cinco décadas atrás y permite ver, en gran alegría, el medio musical de Santiago celebrando un legítimo laurel. ¡Cuánta gente había allí y cómo éramos de jóvenes nosotros!, también ¡cuán triste es notar el paso del tiempo en lo diezmada que hoy se comprueba la concurrencial!

Jorge partió animoso y, mientras acá seguíamos avanzando entre mil obstáculos que vencer, para echar a andar la vida de un arte tradicionalmente postergado, estudió seriamente con grandes maestros como Paul Dukas y Charles Koechlin, en Francia, y Gustav Bunke, Hans Mersmann y Paul Hin-

demith en Berlín. Su enorme facilidad le permitió manejar de inmediato técnicas que acá en gran medida se habían estudiado en forma autodidacta. El joven aprendiz regresó en 1931 hecho un maestro, lleno de inquietudes, de generosos propósitos y pasó a ser, en el rango superior de catedrático universitario, nuestro colega docente, dentro de la Facultad de Bellas Artes, que emprendía el camino luego de un difícil comienzo. Una sola cosa le entristeció: la Sociedad Bach, en la cual era partícipe insustituible, iba camino de desaparecer. Sus metas se habían cumplido y ya, sostenida firmemente la vida musical de este país por la acción estatal de la Educación Superior, por el Conservatorio, cuyo sólido curso nos llevó a dirigir tanto las artes plásticas como la música, no se justificaba una acción que venía a ser complementaria. Jorge lo sintió y luchó por que la entidad venerable que, en son de secreta logia y cofradía lo había admitido como neófito siete años antes, prosiguiera su camino y no bajara su estandarte de lucha. Pese a todo, como recordé en un artículo acerca de la Sociedad Bach aparecido en el N° 40 de esta Revista, escrito con ocasión de la solemne conmemoración que hicimos del II Centenario de la muerte de Bach, el 7 de julio de 1932, en los días difíciles de aquella efímera "República Socialista" de Carlos Dávila, una Asamblea General de la Sociedad resolvió declararla en receso indefinido. Sólo dos votos, obstinadamente, hubo contra de tal resolución, los de Jorge Urrutia y de Guillermo Cortés, otro impenitente entusiasta. No la disolvimos; los tiempos eran inquietantes, podía ser necesario revivirla, partir de nuevo en nuestra cruzada. Pocos meses más tarde hubo propósitos de hacerlo, a fin de apoyar el naciente impulso de los conciertos sinfónicos semanales. No se justificó y, de hecho, la histórica institución dejó de aparecer como tal. El coro, sin embargo, como inevitablemente sucede con estos conjuntos, ha quedado latente, y quienes lo integramos continúan sintiendo una fraternidad definitiva que, aún hoy día, aunque seamos ya pocos los sobrevivientes, surge a menudo en la mirada cariñosa de algún "hermano Bach" que en su alma tiene presente la gesta gloriosa que vivimos. Entre éstos, no hay uno más leal, más penetrado del carácter auténticamente místico que la antigua Sociedad Bach tuvo, que Jorge Urrutia. No podía ser de otra manera en un hombre de gran inteligencia y cultura que vive meditando, que sabe de religiones, sobre todo de filosofías orientales, que debe integrar más de algún grupo esotérico, ocultista o parasicológico, y se mueve en lo que denominé "múltiples caminos", incluyendo uno que hasta hace muy poco tiempo me era desconocido: ¡el de la filatelia!... Y en ello es autoridad, coleccionista ayezado, trotamundos impenitente de esta muy especial y misteriosa congregación internacional.

¿Y el músico?, dirá mi paciente lector. Pues bien, ahí está, en todo. Todo lo lleva junto, todo lo combina y cumple. En el terreno musical preciso Jor-

ge Urrutia merece ser estudiado en muchos aspectos, porque ha hecho cuanto es posible, salvo (¡me perdonará que en sus pasajeros intentos no lo admire tanto!) ser ejecutante. Maneja algo el piano, y quien haya estado cerca de nosotros, sabe que fuera de casos conocidos y catalogados, los compositores no brillamos por nuestras dotes de concertistas. Las especialidades de Urrutia, sus "advocaciones" he solido llamarlas, pasan de una docena. Es ante todo compositor y muy bueno; inevitablemente menos prolífico que otros también menos universales; ha sido profesor excelente de armonía y de composición, a quien respetan sus ex alumnos, ya colegas, por buen pedagogo y sabio. Como sabio es un auténtico musicólogo, no uno de esos que andan falsamente por ahí llamándose tales; sus campos han sido el de la Historia Musical, especialmente la época romántica nacional y el folklore; el criollo y el nortino. El folklore, campo peligroso para un músico, en razón del encanto que tiene y a la vez la fácil popularidad, arena movediza que conduce a menudo sin sentir a lo vulgar, no ha perjudicado a nuestro nuevo Premio Nacional. Por el contrario, le permitió usar de él y recopilar un enorme repertorio, escribir varias obras aún no publicadas, transcribir cantos campesinos auténticamente tales, ya sea para coros o solistas acompañados. Viene aquí un tercer quehacer en que todo se combina: la actividad apostólica del expositor, del conferencista, siempre ocupado de los demás, no de sí mismo, adaptándose a cualquier nivel, usando los términos del auditorio que tiene delante suyo o del micrófono (Urrutia es un fenomenal lingüista). Surge en sus clases, charlas y conversaciones, ingenio que evidenció como nadie hasta ahora, al agradecer el galardón que motiva el presente artículo. Cuando reposadamente escribe, lo hace en forma acabadísima; es fiel seguidor de Flaubert en aquello que recomendaba, "corregir y corregir, y cuando todo esté corregido, volver a corregir". Esto ha desesperado a muchos, tanto en la publicación de sus escritos como en las composiciones. En verdad, uno no termina jamás de revisar lo escrito. El ascendiente francés materno, que tal vez viene del medieval trovador Blondel de Nesle, lo hace ser preciso, ordenado en el pensar y graciosísimo en sus ocurrencias. ¿Quién habría escrito sino él ese sabroso artículo acerca de su predecesor en el Premio, el seráfico Alfonso Leng, titulado "Algunos aforismos sobre Alfonso Leng"?; pienso sólo en Debussy a través de su libro "M. Croche antidiletante". Los artículos de Urrutia formarán, al hacerse una recopilación, varios volúmenes, con muchas páginas dignas de antología.

Todo lo anterior en el terreno artístico-intelectual más puro. Su acción, sin embargo, no se limitó a estos encumbrados estratos, junto a ello supo pisar en la tierra, colaborar en cuanto cosa se hizo a lo largo de las décadas varias veces aludidas. A Jorge no lo conocíamos. Como le llevo seis años de ventaja en este mundo, no pudo estar entre los iniciadores de la Sociedad

Bach en 1917; de no ser así, estoy seguro que se contaría entre los que Carlos Humeres, nuestro querido "filósofo" y en gran medida guía espiritual, llamaba "los caballeros de la tabla redonda" (pese a que la del comedor en casa de mi madre, donde cantábamos a la usanza madrigalesca, era más bien ovalada). Pero al primer anuncio público, el de aquella histórica asamblea del 19 de abril de 1924, llegó este muchacho, estudiante de derecho, y empezó a cantar en el grupo de los tenores. La música polifónica renacentista, que era el repertorio, lo fascinó. Sobreviniendo a fines del año una grave crisis interna, por desaliento general, que me llevó a renunciar a la dirección, Urrutia estuvo en el grupo que acudió hasta mi oficina de ese tiempo, en la Sección Clave del Ministerio de Relaciones Exteriores, y logró disuadirme; seguí adelante pero sobre la base de una colaboración real y constante. Así, el joven corista fue designado bibliotecario y como tal componente del directorio que, con el testimonio de otra imagen fotográfica, hoy día también histórica que Urrutia conserva, aparece presidiendo la "Primera Asamblea General Ordinaria", aquella que echó las bases definitivas de una acción cuyo alcance ninguno sospechó. Tras una gran mesa, revestida de la infaltable gruesa carpeta, y teniendo como fondo los viejos pilares policromados y los anaqueles y cajonerías del gran salón de la antigua Biblioteca Nacional (donde la Independencia de Chile recibió el primer impulso) aparecemos serios, convencidos de nuestra misión, Eduardo Arrau Alliende, Carlos Humeres Solar, Luis Vergara Larraín, Jorge Urrutia y quien esto escribe, que presidía. Desde ese momento, el multifacético compositor de hoy participó en todo, firmó todos los memoriales, los artículos, las comunicaciones, las sucesivas declaraciones de guerra, porque, el ser contradichos, desafiamos como Don Quijote: "todos sois conmigo en batalla" y la batalla fue doble, a través de la música y de las gestiones en que el cuasiabogado nos prestó muchos servicios. Está, por cierto, entre los participantes en el Oratorio de Navidad de 1925; al año siguiente, sus entusiastas juicios de prensa celebran la entonces atrevida programación de Debussy y Ravel junto a Palestrina, Victoria, Lassus y Costeley. A fines de 1927 nos cupo, juntos, ser hermanados en presentaciones públicas de nuestras obras durante los bellísimos conciertos que Carlos Isamitt organizó en el Salón Oficial de Artes Plásticas, en el templete denominado "Partenón" de la Quinta Normal. Recuerdo estival inolvidable, para mí por desgracia en época de gran tristeza. Urrutia, además, durante ese prolífico año 27, había sido mi alumno de Contrapunto; supe con él lo que era un estudiante encarnizadamente aplicado. Colaboró entonces también en la bellísima revista "Marsyas", con que la Sociedad Bach enriqueció con un primer eslabón la serie de publicaciones que anteceden a esta Revista.

Al regresar de Europa, he dicho antes, pasamos a ser colegas en la Fa-

cultad de Bellas Artes, en la cual Urrutia ejerció una especie de prosecretaría musical, pues la entidad funcionó a menudo separada en dos ramas. Su trabajo no faltó en varias otras publicaciones, en la magnífica "Revista de Arte", en primer término, luego, simultáneamente en una que en cierto modo dirigió y entre bambalinas escribió, "Cultura Musical", de índole más modesta pero útil, y desde la fundación de la presente Revista Musical Chilena, Urrutia es entusiasta partícipe de sus páginas.

En otros terrenos, que podríamos denominar directivo o gremial, Jorge Urrutia figura como co-fundador de la Asociación Nacional de Compositores, en 1936, y cuando el Instituto de Extensión Musical ingresó a la Universidad de Chile, seis años más tarde fue uno de los dos delegados de la Facultad a su directiva y en ella permaneció hasta 1951, es decir, más allá de la fundación de la actual Facultad de Ciencias y Artes Musicales, en cuya creación tomó importante papel. La Corporación le eligió su primer Secretario confirmándolo largo tiempo en él. Detallar lo que Urrutia hizo en tareas de investigación tomaría muchas páginas, pues lo vemos en primera línea al ingresar los estudios folklóricos musicales al nivel universitario, al editarse los primeros discos del canto popular auténtico, al organizar, quebrando los viejos moldes, aquel histórico concierto de "Música popular chilena", de 26 de julio de 1943, que por vez primera la insertó en una "Temporada de Cámara", entre dos audiciones del más puro repertorio clásico y romántico; asimismo ocupa un lugar destacado al crearse el Instituto de Investigaciones Musicales, al conmemorarse el centenario de la "acuñación" de la palabra folklore en 1946 en que hubo un largo y variado festival, y así, seguiríamos enumerando cosas y más cosas.

De su obra de compositor se ocupan otras personas en el presente número de la Revista Musical Chilena, no hace falta añadir más. Allí se verá cuánto ha hecho este hombre abierto y generoso, como antes dije, mucho más por todos nosotros que por él mismo, y grandemente fuera de Chile. Por esto y todo lo dicho en el presente "Festgabe", palabra que le gustará sobremanera, y que lo comprende en todo su amplio significado, pude decir, al dar mi opinión en el Jurado del último Premio Nacional de Arte que, "si se pensaba en cualquier buen músico que no hubiese sido premiado, había uno, injustamente pospuesto, por quien votaba en conciencia y sin mirar propuestas ni papeles: Jorge Urrutía Blondel". Así se le dio, aunque tarde, lo que merecía.